

áloe pueden confundirse; la misma configuración, la misma disposición de las hojas, el tallo y las flores, y sin embargo, la sábila produce acíbar y el maguey da un jugo con que se fabrica azúcar...

Tomó unas hojas de tepozán y dijo al profesor:

— ¿No creéis, profesor, que el tepozán deba colocarse en la familia de las salvias? Las hojas son parecidas, el olor es idéntico, el tallo tiene igual estructura... Con nuestra salvia nos libraremos de morir, pues, como dice el adagio médico: *¿Por qué ha de morir el hombre en cuyo huerto crece la salvia?*... Es también equivocación insigne la de llamar *Arbutus madroño* á lo que se designa en botánica con ese nombre, pues lo que en España y Portugal llaman madroño es el *Arbutus Unedo*... También se han asimilado sin razón el *Citrus trifoliata* y el *Limonia trifoliata*, que son especies muy distintas... El *Prunus avicum*...

No empezaba el Emperador su docto discurso acerca del *prunus avicum*, cuando vimos aparecer en un recodo del camino una inmensa polvareda y tras ella muchos jinetes que venían á escape.

— ¡Los chinacos!

— ¡A las armas!

— ¡Los juaristas!

— Suba Vuestra Majestad á su coche.

— Yo á caballo.

— Se expone vuestra Majestad á un tiro perdido y á una muerte sin gloria.

— ¡A ellos!

Ya los húngaros llenos de cordones se habían adelantado al encuentro de los que llegaban; ya habían echado



mano á los sables; ya estaban prontos á vender caras sus vidas, cuando notamos que los que marchaban delante se abrazaban y hasta reían celebrando el chasco: era la contraguerrilla francesa que venía á auxiliar á la escolta del Emperador. Todo fué entonces saluciones, plácemes y chanzonetas; en cuanto á Su Majestad bajó del ca-

ballo tan sereno, tan firme y tan impasible como si no hubiera dejado de explicar las ignorancias de los botánicos europeos.

El día veinticuatro, domingo por cierto, dormimos en Acatzingo, en la casa del ventrudo y excelente señor

cura. Su Majestad se levantó á buena hora, oyó misa, gratificó con un maximiliano de oro al vicario que la dijo, se desayunó con toda calma, y á las seis ordenó la marcha. Ya habían sonado las siete cuando llegó azorado el cochero que conducía el carruaje del príncipe.

— Sacarreal Majestá... perdoneme su Sacarreal Majestá...

— Sí, Elías, sí, te perdono; pero vámonos en seguida, que tengo prisa, dijo bondadoso el monarca.

— Pos no podemos irnos.

— ¿Qué dice este hombre?

— Que no podemos irnos, señor.

— ¿Y por qué? ¿quién lo impide?

— Se han llevado *los compadres* las ocho mulitas blancas del coche de Su Majestá.

— ¿Mis mulas? ¿Es posible?

— Y poderoso, señor.

Se metió Maximiliano á su aposento de mal humor y deseando que fueran habidos los animalitos para no proporcionar á los franceses este nuevo motivo de fisga y de chanza. Pero, ojo reloj; las mulas se perdieron y no fué posible dar con ellas, por lo cual hubo que requisicionar á toda prisa las primeras que se encontraron, blancas, negras, barrosas, *mojinas* ó como vinieron á mano.

Ese día, cuando trepábamos el eterno camino de

Acultzingo, Maximiliano bajó de su carruaje y se puso á escribir ó cosa así.

— Está meditando, decían unos.

— Está escribiendo su abdicación.

— Es la respuesta á las comunicaciones de Castelnau.

— Es alguna invectiva contra Napoleón.

Hizo seña á Tüdos y le ordenó que me llamara.

— Ved, me dijo, qué croquis he sacado de este lugar... Quizás no lo vuelva á mirar nunca y quiero tener memoria de él.

Y lo guardó en la cartera, mientras la escolta continuaba su camino segura de que á Su Majestad se le había ocurrido la solución del problema pendiente y que por eso había detenido á la gente á mitad de las cumbres de Acultzingo.

A eso de las cuatro de la tarde, cuando caminábamos más meditabundos y tristonos, cuando el peso de la siesta nos había cerrado la boca á los más picoteadores, se avistó un destacamento francés y luego llegó ataviado con todas sus armas, cordones, medallas y cruces ¿quién diréis? mi antiguo aprehensor, el aprehensor de Nicolás Romero, el coronel de Pottier.

Saludó urbano á la imperial persona, mandó colocar la gente en el lugar que le correspondía y seguimos andando poco á poco. Como se detuvieron frente á nuestro

coche — el que ocupábamos Fischer, Schaffer y yo — pudimos oír lo que decía Maximiliano.

— Cuarenta y ocho horas, lo preciso para reparar las cosas, y bajo en seguida á Veracruz...

Y en otra ocasión:

— No tenga usted cuidado; mañana mismo dele á Arroyo la lista de los oficiales que desee sean condecorados, y obtendrá las cruces que quiera. Será el último de mis actos de soberano.

Caminaban los caballos lentamente, soportando apenas el peso de aquella atmósfera de plomo, cuando otros caballos mejor dispuestos, enjaezados ricamente y montados por gentes del país, llegaron á toda carrera como descubierta y batidores de una gran cabalgata que se miraba á lo lejos. Bañada por aquel sol que caía sobre el cuadro como un inmenso manto de oro; encuadrada por aquel panorama tan bello como pocos habrá en el mundo; precedida por relinchos, gritos de alegría, vítores y frases de bienvenida, apareció la reunión, compuesta como de quinientos charros bien montados y mejor vestidos. Ya se distinguían los galones coruscantes de los sombreros; ya herían los ojos los colores de las tilmas; ya se miraban las labores de las armas de agua; ya se veía caracolear á los potros negros, bayos, colorados, ruanos y cebrunos; ya brillaban las vainas de los sables que traían los jinetes... ya llegaban.

- ¡Viva el Emperador!
 — ¡Viva Maximiliano I!
 — ¡Viva México independiente!
 — ¡Viva México salvado por su Emperador!

Estos fueron los gritos que saludaron á la comitiva.

Debe Maximiliano de haber venido contando sus penas á un orizabeño que venía á su vera, pues se le veía accionar, llevar una mano al pecho, señalar con ella al cielo y bajarla y bajar la cabeza con desconsuelo grandísimo. El notable del lugar asentía á lo que el príncipe contaba y se mostraba tan apesarado como él.

Al ver el grupo alegre en que se entretejían y se barajaban cabalgaduras, mantas, rostros atezados, barboquejos y sombreros de anchas alas, Maximiliano se irguió, se aseguró en los estribos, buscó un ademán apropiado y gritó de modo que todos le oyéramos:

— ¡Los franceses!... ¡Los franceses que se queden atrás, que no entren conmigo á Orizaba!... ¡No quiero, no quiero que se confunda con las manifestaciones de mi pueblo la presencia de los franceses!... ¡Atrás!...

Y de Pottier, que venía distante, cerca de la retaguardia, se marchó á la deshilada é hizo entrar á su tropa por un lugar que ignoré siempre.

Entretanto, el resto de la brillante cabalgata se acercaba á nosotros; los más cercanos prorrumpían en vivas y en aclamaciones haciendo caracolear á sus caballos; los

más distantes agitaban los sombreros; todos gritaban hasta desgañitarse; pero de aquel raspar de pezuñas, de aquellos gritos, de aquel vocerío, de aquellos ademanes, de aquel entusiasmo, sólo se deducía esto: «Hemos vuelto á los primeros días del imperio; á aquel Abril del 64, á aquellas entradas en las poblaciones, á aquel delirio, á aquel frenesí, á aquella locura sin precedentes...»

Era casi de noche cuando entramos á Orizaba; tanto habían tardado los primeros abrazos y las primeras felicitaciones. Al echar pie á tierra en la casa de Bringas, destinada á alojar á Su Majestad, llegaron las autoridades y los vecinos y empezaron los discursos. Los arregadores, que eran unos tíos muy largos, probablemente instruídos de antemano, no hablaron una palabra de lo que hacía al caso:

«Su Majestad hacía bien en llegar á su leal pueblo de Orizaba; allí encontraría la paz y el reposo que ambicionaba; y ahora, ya que estaba libre del fatal apoyo extranjero, que le hacía tanto daño, ya podía estar seguro de que ni un solo mexicano dejaría de arrimarse á su bandera, que simbolizaba el honor y la independencia de la patria.»

«Su Majestad, decía otro, haría bien en llevar la Emperatriz á curarse de sus males en Orizaba; no debía echar en olvido que eran allí cómodo el sitio y leal el pueblo.»

«Maximiliano, advertía un tercero, era la esperanza viva de que no nos comería el sajón; sólo él podía detener á los ejércitos de Grant y de Lee.»

Su Majestad contestó á todos aquellos entusiasmos ofreciendo sacrificarse por la patria, ayudar á la patria, servir siempre á la patria.

«Recordad, terminó, lo que os dije el último 16 de Septiembre; no está tan distante ese día que mis palabras os parezcan extrañas: «un Hapsburgo no retrocede nunca á la hora del peligro...»

Los vítores que acogieron la peroración del jefe repercutieron en la calle, de allí pasaron á la plaza y por todas partes no se oían sino aclamaciones á Maximiliano, á México y al imperio...

Cuando la casa y la ciudad quedaron en paz y nos congregamos á la hora de comer, Basch dijo satisfecho:

— No le dió hoy la terciana á Su Majestad.

Y Fischer, alzando los ojos al cielo, juntando y separando sucesivamente las manos, como si fuera á decir *Dominus vobiscum*, y con una unción que la hubiera envidiado el predicador panegirista de algún santo taumaturgo, exclamó encantado:

— ¡Pero qué bien, qué bien estuvo Su Majestad! Es un gran príncipe...

Y empezó á sorber con gran ruido y con más priesa las cucharadas de sopa caliente.



CAPITULO II

Orizaba

El profesor Bilimeck era un buen hombre, serio, circunspecto, servicial y enamorado mío de lo más fino. Segura estoy de que si hubiera hecho el menor impulso, á la hora de ésta viviría yo en alguna melancólica ciudad austriaca, con sus techos acanalados, su iglesia gótica y su cervecería culotada con el humo de las pipas, y que en vez de contemplar los espectáculos que me ha dado mi patria, la vería al través de las amarillentas hojas de un herbario. Pero á mí no me placía aquella triste y científica existencia, y preferí ahorcar los hábitos matrimoniales quedándome viuda para siempre.

No referiría aquí palabra de las exaltaciones del tristón y wertheriano profesor si no fuera porque me sirvieron en aquellos días para tomar el pulso á los sucesos y ente-